



Revista de teología
feminista

AnDanzas

En la vida cotidiana

año 4 • número 8 • enero 2024



**ACCIONES
RESTAURATIVAS ANTE
LA VIOLENCIA**



Revista de teología feminista

ACCIONES RESTAURATIVAS
ANTE LA VIOLENCIA

año 4 • número 8 • enero 2024



AnDanzas en la vida cotidiana. Revista de teología feminista.
Año 4, número 8, enero 2024

Consejo editorial

Rebeca Montemayor López
María Isabel Huerta Armenta
Karen Castillo Mayagoitia
Ana Lilia Salazar Zarco
Karina de la Rosa Morales
Dania Alejandra Velázquez Cano
Rosa Margarita Mayoral
Patricia Moreno Becerra

Reserva de derechos e ISSN en trámite.
Licitud de contenidos y título en trámite.

© Cátedra de Teología Feminista
México

Los puntos de vista, opiniones y experiencias compartidas en cada uno de los artículos son responsabilidad de las autoras y no necesariamente representan el punto de vista de las editoras.

Se permite la reproducción total o parcial de los contenidos citando la fuente y a la autora de los mismos.

ÍNDICE

Introducción	5
<i>Cuando la violencia es la enemiga de la sociedad, la conciencia es el arma para combatirla.</i> Hashlaay Alderweireld	9
<i>Romper el silencio para perdonar en libertad</i> Elía María del Carmen Méndez García	15
<i>Señora, ¿qué se tomó? Experiencia personal sobre violencia obstétrica y aborto espontáneo</i> Ruhama Abigail Pedroza García	27
<i>Las mujeres que cocrean el reino de la paz</i> Ana Lilia Salazar	37
<i>Sanación colectiva enfermera</i> Karla Ivonne Mijangos Fuentes	43
<i>Abuso de autoridad, una forma de violencia en el ámbito religioso</i> Marisaleth Solórzano	59

OTRO ANDARES

<i>Dar la espalda al sistema</i> Regina Martínez	67
<i>Eroecosofía</i> Isabel Jaimes	71

INTRODUCCIÓN

Andanzas en la vida cotidiana llega a su octava edición, gracias a los esfuerzos compartidos del equipo editorial, así como de quienes se han atrevido a contar su historia de aprendizaje en medio de una situación violenta que las llevo a realizar acciones restaurativas. Cada una de las autoras que participa en esta edición nos acerca e invita a tocar la conciencia, para identificar la diversidad de violencias a las que se enfrentan las mujeres, las cuales afectan deliberadamente sus vidas y dignidad.

En este número encontrarás el sentipensar, el descubrir y caer en la cuenta de cada una de las mujeres que relatan en los textos, las violencias invisibilizadas y aquello que las llevó a ser conscientes, tomar acciones que han emprendido para sanar, reparar, empatizar, perdonar, repensar dichos eventos y cómo los han ido transformando en vida.

Estos textos llenos de experiencias cotidianas nos hacen una invitación a no guardar silencio, a no seguir normalizando aquello que daña, perjudica, humilla y destruye la vida en todos sus sentidos. Su historia puede ser el reflejo de muchas otras en diversas latitudes de México y el

Mundo. De aquello que se impone como “buena mujer” y que no necesariamente, es bueno, en el ser de Mujer.

La octava edición coincide que la conmemoración del **25N** (25 de noviembre) **Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer**, conmemoración que ha permitido crear conciencia para identificar las diversas violencias sufridas en las cuerpos de las mujeres las cuales comienzan a ser un poco más visibles a partir de su interpretación, algunas de ellas por lo menos hoy son nombradas, lo que contribuye a definir conceptos que ayuden a entender y afrontar las violencias con la finalidad de que pudieran ser restituidas. Sin embargo, se ha descubierto que no hay definiciones o conceptos exactos dados; sino que se permite la apertura para repensar y renombrar, pues cada día la realidad nos rebasa.

La fuerza individual y colectiva feminista va desvelando dichas violencias impuestas por el patriarcado-kyriarcado y como forma de unirnos a esta fuerza, nuestra octava edición AnDanzas en la vida cotidiana “Acciones restaurativas ante la violencia” nos ha permitido descubrir esas acciones que les va permitiendo a algunas mujeres desplegar las alas o brazos como signo de libertad, para emprender el camino a una reconstrucción personal y colectiva.

Si bien en muchos de los espacios habitados por las mujeres es la vivencia de la espiritualidad feminista la que les ha permitido soñar y recrear, romper con sus creencias equivocadas de Dixs, nombrar desde aquello que implica su proceso de vida, su propia cuerpo, espacio teológico donde acontecen las relaciones e interrelaciones y conexiones con todo lo creado.

Los procesos de restauración guiados por la espiritualidad feminista nos regalan la posibilidad de recrear espacios de vida, pues muchas de estas vivencias son plasmadas en la

producción poética, literaria que nombra lo innombrable, el teatro que asume una interpretación distinta, hasta la misma danza han mostrado que ahí y en cada rincón habita la divinidad encarnada y trasformada.

Sigamos pues entrelazando las diversas vivencias que se nos presentan en la danza de la vida desde otra mirada, que la Divinidad nos abrace con ternura y dignidad, por las que ya no están y dejaron precedente, por las que estamos caminado y estamos en búsqueda, en reconstrucción y por las que viene detrás para que encuentren un camino más libre.

Amamos la vida, la sostenemos y no nos rendimos... gracias a todas, dancemos.

En representación del comité editorial
Karina de la Rosa Morales

CUANDO LA VIOLENCIA ES LA ENEMIGA DE LA SOCIEDAD, LA CONCIENCIA ES EL ARMA PARA COMBATIRLA

Hashlaay Alderweireld

Y tú? ¿Cuántas veces escuchaste hablar de la violencia en sus distintas prácticas?

Me Atrevo a sostener que tal vez más de las que desearías. Especialmente, cuando la violencia es abordada como un discurso mediático y no como una realidad cotidiana a la que, además, todos le ofrecen párrafos enteros de protagonismo y desinformación, pero no una posible solución.

Estimado lector, Desde ya te hago saber que yo tampoco poseo una solución a esta problemática. Pero... tal vez la siguiente experiencia ayude a que la encuentres tú.

Quien escribe hoy para ti, tiene 26 años, una profesión dedicada justamente a la prevención del crimen en la sociedad y un sinnúmero de factores para ser víctima de la violencia en nuestra actualidad.

Porque sí, apreciado lector. En los tiempos que corren, ser mujer es sinónimo de ser blanco de la violencia. Ser extranjero, es sinónimo de ser blanco de la violencia. Ser niño, es sinónimo de ser blanco de la violencia. Querer levantar la

voz y ser líder, es sinónimo de ser blanco de la violencia. Y tal vez me falten líneas para nombrar a las pertenencias que te convierten en víctima.

Dicho lo anterior, posiblemente encontremos juntos hoy, una explicación a mis circunstancias, puesto que al principio ni yo misma lograba comprenderlas. Es irónico aprender a prevenir aquello de lo que posteriormente, serás objeto.

Viajé al territorio mexicano por cuestiones laborales, considerando que había encontrado el espacio perfecto para no solamente desempeñar mis funciones, sino seguir creciendo como profesional, adquiriendo experiencia y alcanzar aquellos sueños que metí en una maleta junto con mis pertenencias un primero de noviembre cuando decidí emprender el camino lejos de casa.

Y es que... ¿Cuántos no nos fuimos de casa un día para poder ser aquello que nos planteamos?

Pero aquella maleta de sueños y pertenencias se vació a causa del fenómeno social criminal de la trata de personas. Aquel trabajo prometedor y constructor de mejoras en mi calidad de vida, era solo un puente entre el miedo y mi persona.

De aquellos oscuros días, puedo enumerar las sensaciones que albergaba mi alma y que, hoy escribiendo este texto, humedecen con lágrimas negras nuevamente el corazón.

La soledad, la falta de sueño, el miedo a caminar sin compañía, el acoso constante, el pánico, la ansiedad son solo algunos de los tantos sentimientos que todavía, cuando la noche extiende su manto místico sobre la ciudad, acogen a mi persona en un arrullo triste.

Estimado lector, para este punto de lo que estás conociendo de mí, debo contarte sobre los fantasmas y los monstruos que, en la esquina más oscura de esta sociedad,

me hicieron guiños y me sonrieron mientras mi fortaleza lloraba ríos de desesperación.

Una autoridad indolente, corrupta, una autoridad que castiga a la víctima y exonera al agresor. Una autoridad que, vestida de negro, se ríe de quien espera su obra y misericordia. Un victimario que está dentro de cada persona que ejerce cualquier tipo de violencia, que se esconde tras las puertas de la ciudad, que camina a tu lado de camino a la parada del autobús. Que está disfrazado de amigo, de jefe, de maestro, de dependiente de tu tienda favorita. Unos ojos en permanente vigilancia esperando ocultos en las sombras, a verte doblar la esquina de la vida y entrar en sus dominios.

Pero... He aquí el monstruo más grande, más terrorífico, más frío y viscoso, señor lector.

Una sociedad insensible. Una sociedad que ya no se preocupa por sus individuos, que cierra la puerta cada noche a las nueve y se deslinda de cualquier cosa que pase afuera. Una sociedad que ignora la necesidad de sus integrantes, que les señala, que les acusa y que les vuelve a revictimizar en cada negativa, en cada oportunidad negada, en cada una de las ocasiones que pronuncia en voz alta y para sí misma, no es de mi familia, no me importa. En cada una de las veces que dejó a uno de sus individuos ser golpeado por su pareja sentimental, bajo el concepto de no involucrarse en temas del corazón. En cada mujer violada y asesinada que fue minimizada bajo el discurso de no era hora de salir, no era forma de vestir adecuada, no debía estar sola en determinado lugar. En cada una de las ocasiones en que un hombre desaparecido fue señalado con el dedo frío de la indiferencia junto a su familia justificando el señalamiento con palabras del tipo; algo estaría haciendo, tenía malas amistades, vivía en una zona marginal de la ciudad, era de color, etc.

Querido lector:

¿Te gusta el café?

Porque si es así, déjame contarte que un café puede unir personas, formar equipos, restaurar un alma y tal vez, solo tal vez, reducir la violencia.

Un café con leche, servido una mañana me contó el secreto que hablaba del arma más poderosa para luchar contra la violencia, el crimen y la injusticia social.

Fue una mañana veraniega en esta gran ciudad, cuando abandonada por los organismos encargados de no abandonarme, recibí aquella taza de café de las manos de una pequeña parte de esta misma sociedad indolente. El café humeaba en mi taza y me calentaba el alma porque a mi alrededor, había una mesa dispuesta para mí. Un grupo de personas que me saludaban con afecto, que me decían en un lenguaje líquido y aromático que no estaba sola. Que desde que se habían cruzado nuestros caminos, mi lucha era ahora su lucha. Que no necesitaban hacerme preguntas, que no necesitaban mis respuestas. Que el dolor en mis ojos, la pesadez de mis manos y los pasos cansados de mis pies, eran suficiente para merecer amor y calidez, convicción y compromiso, lucha y entrega de su parte para conmigo.

Recibí hogar, recibí pan, recibí fortaleza, recibí apoyo hasta levantarme. Es cierto que todavía me visitan algunos monstruos en las noches y que el fantasma del dolor me susurra cuando el viento sopla. Pero hoy estoy diez pasos por fuera del barro en el cual la violencia me sumergió.

Amigo lector, hemos terminado este viaje por mis recuerdos. Te he contado algunos secretos, te he revelado algunas verdades. Solo me resta compartirme mi aprendizaje y dejar que el poder de las letras obre sobre tu conciencia.

¿Recuerdas que también te conté que mi profesión estaba dedicada al estudio y prevención del crimen?

Pues déjame valerme de este conocimiento para plasmar la siguiente conclusión.

Según la criminología, (Ciencia que estudia el crimen, el delincuente y la víctima), La agresividad y la violencia son rasgos humanos naturales. La agresividad, es un instinto básico de supervivencia que nos permite defendernos de los peligros, mientras que la violencia es una expresión extrema de la agresividad.

Pero... ¿A caso los extremos de nuestras posturas, visiones, creencias y gustos no son detonados por un conjunto de circunstancias, hechos y o factores?

Si al menos tu respuesta a esta pregunta es sí, te invito a cuestionarte de qué forma la conciencia toma protagonismo en la lucha contra la violencia, mientras te muestro cuáles pueden ser los detonantes de extrema agresividad principales en una persona.

1: La agresividad: Los seres humanos son naturalmente agresivos. Esta agresividad puede manifestarse de diversas formas, como la violencia física, la violencia verbal o el acoso.

2: tendencia a la delincuencia: Algunas personas tienen una mayor tendencia a la delincuencia que otras. Esta tendencia puede estar relacionada con factores genéticos, biológicos o psicológicos.

3: falta de empatía: La empatía es la capacidad de ponerse en el lugar de otra persona. Las personas que carecen de empatía son más propensas a cometer delitos contra otras personas.

Es así, amigo lector, como escribo hoy para ti. Mostrándote que mientras no seamos empáticos con nuestros compañeros de sociedad, la violencia seguirá creciendo.

Mientras desvaloricemos nuestros valores morales, éticos y familiares, la violencia seguirá en constante crecimiento. Siempre que seamos indiferentes a la lucha por la buena educación, al sentimiento de nuestro hermano, a los problemas de nuestros vecinos, al intento de algunas asociaciones y grupos que intentan abrir espacios de diálogo comunitario, la violencia será cada vez un gigante más grande.

Cada vez que escojamos la compañía tecnológica sin restricciones para nuestros hijos antes que la nuestra, cargada de calor humano y amor, la violencia estará en aumento.

La conciencia tal vez no sea el único factor capaz de ganar esta batalla, quizá no notemos el cambio a corto plazo, es posible que ni siquiera estemos para ver la forma en que la concientización puede impactar positivamente a nuestra sociedad. Pero si es el arma que, en mi opinión, está equipada para plantarle cara al monstruo. Un hombre consciente, es un hombre capaz de tomar decisiones y controlar su naturaleza.

cierto esta conclusión que decidí compartir contigo, preguntándote:

¿Y tú? ¿Qué harás para crear conciencia?

ROMPER EL SILENCIO PARA PERDONAR EN LIBERTAD

Elia María del Carmen Méndez García¹

Al leer la convocatoria, me conmovió el último tema: “El perdón como una opción libre y no como una imposición religiosa”. Esta frase resumía mi experiencia más cercana por estos días y me decidí a escribir, a organizar lo que he vivido en mi relación con Dios y a romper el silencio en un texto para compartir lo que aprendí.

Realmente fue muy difícil perdonar bajo el mandato humano; bajo la imposición religiosa; en realidad ahí no perdoné: sufrí. Leer en el Evangelio (Jn. 8, 1-11), cómo perdonaba Jesús me admiraba y pensaba que era esa la muestra suprema de su amor: “¿Quién te acusa? Yo no veo a nadie, yo no te acuso. Vete y no peques más.” Le dijo a la adúltera que el pueblo quería apedrear de acuerdo a la ley mosaica. La nueva ley de Jesús rebasa aquélla; la ley es antes de juzgar y condenar a tu prójimo, revisa tu propio pecado. Pero ¿cómo yo había de obrar así? ¿Cómo puede

1 Doctora en Sociología. Profesora en el Instituto Politécnico Nacional. Cristiana que busca la paz y diálogo ecuménico. PCC

este proceder suscitar la paz del Señor entre nosotros? Su paz, la paz que rebasa todo entendimiento (Filp. 4:7).

Para esta reflexión, recurro a mi testimonio en que se ha manifestado el Señor para llevarme libremente al perdón y a la reconciliación a la luz de mis lecturas bíblicas y reflexiones consecuentes.

La vida y nuestras decisiones nos llevan por caminos a veces muy oscuros. El mío fue asumir que me casé simplemente porque era “lo que seguía” de acuerdo con lo que corresponde a una mujer en el patriarcado². Irreflexión o superficialidad caracterizaron aquellos años de la segunda década de vida. Aún cuando fui catequista y expresé mis deseos por la vida religiosa, seguí el camino trazado.

Parte de esa decisión trajo consigo enfrentar la infidelidad con una parienta muy cercana, pero no solo el hecho en sí, que puede ser muy cotidiano en nuestras sociedades patriarcales en que casi está naturalizado (“a todas nos toca algo de eso, hija.”- me decía una tía muy querida); sino que fue agravado por el silencio familiar.

Mis padres ya muy mayores (soy la decimosegunda hija de doce hermanos), me representaron, hablaron por mí sobre el asunto con los padres de ella; estos lo negaron. Silencio familiar. Ése en que todos sabemos, pero fingimos que no. Años de reuniones familiares, navidades, vacaciones enfrentando el silencio. Mientras callé mis huesos se secaron afirmó David en el Salmo 32, verso 3. Es violencia patriarcal, familiar, religiosa.

El silencio ha marcado mi vida. En la primaria, recibí un premio por ser “la niña más callada del salón”: una excusión

2 Pienso con Silvia Federici (2018) en el patriarcado como un sistema económico que se expande a la sociedad y que disciplina el comportamiento de las mujeres.

al Museo de Antropología e Historia. Aprendí que callar se premia. El silencio ocupó en mi vida un lugar positivo. Lo vinculé con una búsqueda de la paz. Pero no todos los silencios son iguales. Mi silencio fue de dolor, rabia y amargura.

¿Cómo perdonar? No fue solo el hecho en sí, sino lo que trajo consigo: la fractura familiar irreconciliable. ¿Cómo reconciliarnos? ¿Cómo vivir como Hijos de Dios? ¿Cómo hacer la paz en nuestras vidas?

La ira me acompañó mucho tiempo. Racionalmente asumir la razón, pero siempre estaría en duda por la negación de los otros. Además, sería minimizada porque es de lo más común y ya hace tanto tiempo... Señalada por rencorosa, señalada por ser tan religiosa y mira cómo es en realidad.

Siempre tuve un deseo muy profundo, que era a la vez en mi oración: una petición persistente a Dios: “que mis padres conozcan a mis hijos”. Suplicaba a Dios esto porque desde la racionalidad humana, pensaba que mis padres mayores morirían antes de que yo tuviera hijos. Además, con el divorcio, menos posibilidades; incluso ya nulas porque yo misma me empezaba a dar cuenta que tener hijos biológicos no era mi deseo, y que igual que el matrimonio, representaban “lo que toca”, por ser mujer en nuestra cultura patriarcal.

La vida sigue y yo también. Dios nunca nos deja, aunque nos alejemos. Desarrollé mi vida académica y laboral. Devine psicoanalista. Conocí la cura por la palabra, lo cual representó una herramienta para empezar a liberarme del silencio doloroso y hacerme cargo de mi participación en construir lo que vivía. Responsabilizarme de mis decisiones me libró de la victimización que nos drena energía.

Como analista, tuve una paciente muy especial, cuya historia amerita un artículo aparte. En síntesis: una niña

muy lastimada que en Jesús encontró consuelo y salvación, lo que la llevó a consagrarse como pastora evangélica, que buscaba una madre amorosa. Los milagros los obra Dios de maneras inimaginables. Recuerdo el día en que me dijo: “Usted es mi madre” y yo dije: “Sí”. Tiempo después terminó su análisis para dedicarnos a construir nuestra nueva relación, nuestra familia. Una tarea compleja en que el Señor también se manifiesta; nos propusimos construir común, respetar nuestras diferencias y sobre todo cultivar nuestra fe en un solo Dios misericordioso.

Rosario, mi hija, estuvo conmigo en los últimos años de vida de mis padres. La vieron como nieta y ella como abuelos. Entradas y salidas del hospital, desvelos, medicamentos, comida, pañales... el mundo complicado de los cuidados de ancianos con múltiples padecimientos. Un día común de cuidar a mis padres, vi a Rosario hablar con mi madre y ahí Dios me iluminó: ahí está el deseo de tu corazón, ahí está tu hija que conoció a tus padres.

Este periodo también estuvo marcado por la carga de cuidados a las mujeres de la familia. Mis hermanas mayores, dos de ellas, viajaban constantemente para su cuidado. Los demás hermanos también en menor o mayor proporción participaban del proceso de cuidarlos; excepto el primogénito varón³, con cuya familia fue la ruptura y el silencio.

Otra razón más para no perdonar a mi hermano mayor. ¿Cómo podría ser tan indiferente a la vida y a la vejez de sus padres que lo dieron todo por él? Por él mi familia migró de Oaxaca a la Ciudad de México, para que estudiara música

3 Una reflexión sobre cómo se mueven los varones hacia el trabajo de cuidados desde su lugar diferenciado en la familia está en Méndez-García y Sánchez-Medina (2018); se observa que los varones no primogénitos son más proclives a moverse a un lugar activo en los cuidados.

en el Conservatorio Nacional. ¿Cómo tuvo el corazón de no invitar a sus padres cuando en su pueblo natal recibió un reconocimiento por su trayectoria artística? Sabiendo que asistir les habría dado un enorme placer y orgullo por su hijo destacado.

La ira que me seguía me hacía imposible pensar en la reconciliación. Fueron muchos los episodios de indiferencia hacia mis padres, a su familia de origen en conjunto. Son vivencias de violencia. Violencia que duele. Sentir esa atroz indiferencia no terminó con la muerte de nuestros padres. En la pandemia, falleció nuestro hermano Manuel, el segundo, de Covid-19. No se presentó a su velorio, cremación, ni nueve días. La intención de estas líneas no es victimizarme, sino mostrar los obstáculos para el perdón: el razonamiento, los argumentos para justificar la ira. Pero Dios es mayor al pensamiento humano.

Todo tiene su momento. La pandemia vino acompañada de pérdidas materiales. El temblor de junio de 2020 dejó inhabilitada mi casa en Oaxaca: la casa de mis padres, que en parte compré y en parte me heredaron, a la que había empezado a remodelar para sentirla mía ya en otra etapa de vida, ya no era habitable. Fue un momento oscuro. La muerte de mi madre en 2018 fue amortiguada por mi padre, pero en enero de 2020 se va él, y entonces, experimento la ausencia y el duelo de ambos. Luego la pandemia, luego el temblor.

Todas las vicisitudes ocurridas fueron parte de un proceso que hizo posible el milagro (Santiago 1:3-6). Las pruebas obran paciencia y preparan el camino. Con las dificultades, nos sensibilizamos y nos acercamos más al corazón de Dios.

Tomar la decisión de venderla fue muy difícil. Pero lo hice. Parecía que ya se vendía y algo ocurría: se arrepintió

de última hora el comprador; un accidente a uno de sus trabajadores y tenía que cancelar la compra. Entonces, preguntaba a Dios la misma necesidad del porqué. Dios esperaba el momento. Llegó después de la partida de mi hermano Nelo (Manuel).

Javier, mi hermano mayor, visitó a mi cuñada que había enviudado. Lo dijo por fin. Su coraje estaba anclado en la negativa de nuestro padre por venderle una sección de la casa. Hubo más detalles, pero lo realmente significativo fue el deseo frustrado por poseer parte de la casa. Cuando lo supe, algo sucedió en mí; algo cambió radicalmente en mí. Experimenté el enojo que debía sentir mi hermano. Su ira y mi ira se encontraban. Conozco el sufrimiento por la ira, por la rabia guardada. Renuncié a mi odio, renuncié a mi resentimiento, renuncié a mi raíz amarga⁴.

Sé lo que es sufrir por lo que se piensa una injusticia. Sé cómo arrasa la tranquilidad juzgar las acciones que yo creo erróneas de los demás. Sé lo que la neurosis hace con la rabia: crear y crear escenarios infructuosos que alivien el dolor que causa la ira, el rencor. Mi hermano fue mi espejo. Me vi en él, en su resentimiento contra su padre porque no accedió a su deseo. En ese momento, dejé de acusarlo y volví la mirada hacia mí, hacia propio pecado, en mi propio error, hacia mi silencio amargo, en el que yo llevo mi responsabilidad. Ese espejo me impulsó a moverme de la ira para pedir misericordia para mí, para mi hermano y para quienes sufren por un resentimiento semejante.

Mi oración cambió por completo. Empecé a suplicar misericordia para mí y para él, que Dios lo bendiga y le haga ver su rostro, como lo hizo conmigo, para, como dice el Evangelio:

4 En *Hebreos 12:15*, Pablo dice que ninguna raíz amarga nos aparte de Dios y que no contamine a otros.

cambiar radicalmente, cambiar mi raíz amarga, por una nueva de perdón y reconciliación. Encontré la paz, esa que rebasa la comprensión humana. Ahí se desplegó el milagro.

Tres días después, me llamó la encargada de la venta de mi casa: “Fíjese que ya estaba segura la señora que la iba a comprar y se arrepintió, pero después me llamó un señor que ya hace meses había visto su casa, me preguntó que, si aún la tenía, que la quería volver a ver. Lo llevé a verla y ya se decidió: la compra.” Ese día fui a pagar el adeudo de agua. Al día siguiente, ya tenía la constancia de la colonia, que casa estaba al corriente de todo para poder venderla. Al día siguiente, hablé con la autoridad responsable para la compra-venta en el municipio, quien me conocía y me facilitó el trámite. El domingo la vendí.

¿Cuál es el milagro? ¿La venta de la casa, que se había perfilado muy complicada, imposible? No solamente. La parte externa sí, y lo agradezco a Dios, pero la interna es la más importante. El milagro es el perdón. El milagro es la reconciliación. El milagro es la suspensión de la ira, del rencor, del resentimiento. El milagro es que Dios puso en mí un corazón de carne en lugar del de piedra que tenía. Me liberó del sufrimiento que representa el amargo resentimiento. Ése es el milagro.

Pide por el que te hace daño. Ahí está el perdón. Sigo pidiendo por mi hermano, sigo pidiendo por su familia y vivo en paz con la mía. No solo eso. Vivo los milagros patentes en cada paso vital. Pedir por quienes vemos sufrir por su propia necedad, indolencia, ir reflexividad por sus propias decisiones. A saber lo que estén pasando. Pedir por el necesitado, no solo en el plano material, sino por los necesitados espiritualmente, cuyas batallas silenciosas suelen ser violentas y dolorosas. Ahí obra el Señor de maneras infinitamente sorprendentes.

Dentro de los mandatos patriarcales, el mandato de silencio es de los más violentos contra las mujeres, y por extensión a otros sujetos feminizados: los niños, los menores, entre otros. El silencio, que duele, se profundiza con el mal versado mensaje religioso, que no el evangélico, de callar, de no reclamar, de poner la otra mejilla, de perdonar setenta veces siete, y se dificulta romperlo frente a figuras patriarcales como las del hermano mayor, como fue mi caso.

Soy feminista tardía como dice mi maestra Raquel Gutiérrez Aguilar⁵. Conocí los debates feministas en el doctorado y me ayudaron mucho a comprender mejor mi proceso. En la juventud, no lo comprendí, pero mi silencio escondía miedo, temor; ahora sé que fue esa minorización, incapacidad innata atribuida a las mujeres en el patriarcado. Recuerdo la forma peyorativa de nombrarme de mi hermano mayor: “escuincla” para cuestionar mi presencia en actos de importancia patriarcal como la pedida de mano para la boda de otro hermano menor; ¿yo qué tendría que hacer ahí? Ahora lo entiendo y dejo de culparme por permitir que mis padres, y no yo, encararan el problema. Este texto es mi forma de romper el silencio impuesto y autoimpuesto para liberarme del sufrimiento que trajo consigo mi opción por callar.

Entender cómo opera el mensaje evangélico de amar no solo a tu prójimo, sino a tu enemigo es un proceso muy

5 Dirigió mi tesis de doctorado en la cual trabajé la potencia de recordar y la organización de la experiencia, que son temas vivos que recorren mi relación con Dios: ahora recuerdo y organizo la experiencia que se transforma en saber sensible que comparto. Recomiendo leer de ella: *Carta a mis hermanas más jóvenes* (2020), Méndez-García y Gutiérrez Aguilar (2018) y Méndez-García (2017).

complejo, que no creo que pase solo por la racionalidad, sino por las vivencias concretas y reflexivas. Recordar es una potencia (Méndez García, 2017; 2020), que nos presenta una imagen en se alumbra lo oculto, como el relámpago que solo por un instante ilumina lo que está en tinieblas. Vuelve la oscuridad, pero se ha quedado grabada esa imagen que nos devela la verdad. No soy mejor que mi hermano; compartimos el mismo sentir que nos hace sufrir. Fue un instante, fue una iluminación, fue Dios manifestándose.

En ese momento de cambio radical, el milagro que obró Dios en mí fue que mi hermano y yo nos encontráramos en el mismo sentir. Es la comunión, que es posible porque Jesús se hizo carne, humanidad como nosotros para comprendernos y mostrarnos el camino para salir de la oscuridad del pecado, por eso nuestro Señor es camino, verdad y vida (Juan 14:5-6). Él mismo vivió plenamente su humanidad y nos abrió el camino para avanzar en él; nos puso el ejemplo, por eso sabemos que es posible. El perdón, como el amor, es un acto totalmente libre.

Las experiencias que Dios permite en nuestras vidas y las personas que en ella participan son oportunidades y espejos. Oportunidades para desplegar libremente nuestro deseo hacia la pulsión de vida a través de la pedagogía de nuestros hermanos. Somos seres en relación, y el reto es construir comunidad. Aceptemos la oportunidad de reflejarnos en el sufrimiento de nuestros compañeros de vida. Desde ese lugar dispuesto a aprender de mí en el prójimo, se abre la oportunidad que señalaba Iván Illich: ser cristiano implica la libertad de volcarme amorosamente en el prójimo⁶.

6 Referido por mi querido amigo Gustavo Esteva, amigo a su vez de Iván Illich, en los seminarios de la Universidad de la Tierra, sede Oaxaca en 2014.

En la carta a los Gálatas (5, 13), el apóstol Pablo nos señala la vocación a la que estamos llamados: la libertad, no para el pecado, sino para amar al prójimo. Solo en la libertad hay amor. El Señor quiere que vivamos en esta genuina libertad que rompe el yugo de las imposiciones, la libertad que rompe con las barreras que nos separan. El perdón es el ejercicio libre de la gracia, es recibir y dar no por merecimiento, sino por fe, con la cual podemos identificarnos con Cristo en la cruz del calvario; estar un poquito en su sentir, en comunión con Él.

Mi deseo es que esta reflexión ilumine a quienes padecen los silencios del patriarcado, las irreflexivas decisiones de la juventud y sus consecuencias en la vida adulta. No nos culpemos por lo que nos viene dado en nuestro mito cultural (Panikkar, 2007), en que simplemente actuamos bajo la lógica en que hemos conocido la vida en una sociedad patriarcal. En muchos momentos no tuvimos las herramientas para cuestionar el orden de las cosas, y a pesar de ello, Dios obra de maneras que no somos capaces de imaginar. Hay que sostener nuestra fe y esperanza en ello; en la certeza de que la misericordia de Dios es eterna (Salmo 103:17).

Granada, 22 de septiembre de 2023

Referencias

Biblia. Dios habla hoy.

Gutiérrez-Aguilar, R. (2020). *Cartas a mis hermanas más jóvenes*. México: Bajo Tierra Ediciones. 55 pp.

Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños

Méndez-García, E. (2017). *De relámpagos y recuerdos... Minería y tradición de lucha serrana por lo común*. Cátedra Interinstitucional, Universidad de Guadalajara-CIE-SAS-Jorge Alonso.

Méndez-García, E. M. del C., y Gutiérrez-Aguilar, R. (2020). Organización de la experiencia en la política de la diferencia femenina/ feminista. Potencia y retos. Bajo El Volcán, 2, 113–142.

Méndez-García, E. y Sánchez-Medina, P. (2018). “Reflexiones en torno a la vida académica femenina: ¿tiranía de los cuidados y reproducción de lógicas culturales patriarcales?” En: María José García Oramas (coord.), *Igualdad Sustantiva en las Instituciones de Educación Superior*. Xalapa, México: Universidad Veracruzana. P. 25-152.

Panikkar, R. (2007). *Mito, fe y hermenéutica*. Barcelona: Península.

SEÑORA, ¿QUÉ SE TOMÓ? EXPERIENCIA PERSONAL SOBRE VIOLENCIA OBSTÉTRICA Y ABORTO ESPONTÁNEO.

Ruhama Abigail Pedroza García.

Octubre es el **Mes Internacional de conmemoración y concientización de muertes perinatales e infantiles**. Es decir, es el mes donde las familias, parejas y madres que hemos perdido un bebé en nuestro vientre o después de nacer, nos condolemos.

El fenómeno de la muerte perinatal e infantil es más común de lo que parece. Según la OMS (citado en Conacyt, 5 julio, 2018), en México hay 62 muertes fetales cada día, mientras que más de 2 millones de recién nacidos mueren en el mundo durante el primer mes de vida (muerte neonatal)¹.

Voy a atreverme a compartir mi experiencia. Con el tiempo he aprendido y comprendido que para sanar es necesario hablar. Pero para sanar una situación compleja como la que yo, y muchas otras mujeres hemos vivido, es necesario hablar en voz un poco más alta y transformar la experiencia subjetiva en cosa pública.

1 Pedroza, 2018, “Octubre es el mes”, en Protestante Digital https://protestantedigital.com/tublog/45711/Octubre_es_el_mes

Desde el saber médico, tuve una pérdida perinatal, desde lo más profundo de mi ser me morí en vida porque perdí a mi primer hijo. A las 19 semanas de embarazo, un 31 de diciembre del 2012 cerca de las 10pm comencé a tener un sangrado vaginal y se me rompió la fuente. Mi esposo y mi suegra me llevaron a un hospital público del sistema de salud de la CDMX donde me atendió una doctora de urgencias que me hizo un ultrasonido, me palpó y dijo “esto está raro”, pero luego me conectó el monitor fetal y escuché los latidos de mi bebé. Entonces me dio de alta, con medicamentos para detener las contracciones e indicaciones para hacerme un ultrasonido lo más pronto posible.

Recibí el año nuevo navegando entre la incertidumbre, el miedo y la esperanza. El 2 de enero de 2013 fui a hacerme el ultrasonido y ahí recibí la terrible noticia. “No hay latidos”. Entonces lo supe. Esa certeza con la cual llega la muerte se instaló en mi mente, en mi vientre y en mi corazón. Lloré a todo pulmón. Nunca me había escuchado a mí misma, llorando de esa forma. El técnico me pidió que me tranquilizara porque aún no terminaba el estudio. Así que tendida ahí en la cama del laboratorio me quedé una eternidad en silencio. Ese día volví al mismo hospital para que, como me dijera el técnico “me hicieran un legrado”.

Desde que llegué comenzaron las preguntas que hoy ubico en el espectro de la violencia obstétrica. Porque, como ya sabemos, la violencia obstétrica es aquella que, “se caracteriza por agresiones u omisiones a los derechos humanos que se cometen por parte del personal de salud y que dañan o denigran a las mujeres durante los distintos momentos del embarazo (planificación familiar, aborto, embarazo, y/o parto)”.²

2 Contreras Tinoco, Karla Alejandra, 2018, “Violencia obstétrica en

Las trabajadoras sociales, las enfermeras, los residentes, la ginecóloga que me atendió, todas preguntándome qué había pasado, “¿qué se tomó señora?”, si había hecho algún esfuerzo, si había tomado algo, si mi esposo me había golpeado, que qué había tomado. Cuando conté mi historia, llorando, y que no había tomado nada, y que nadie me había golpeado, y que no sabía qué había pasado, y que mi bebé se había muerto, y preguntando por qué, la respuesta era la misma: “señora, cálmese, ahorita la ve el médico”.

Me dijeron que tenía que quedarme y mandaron llamar a mi esposo para que se llevara mi ropa y me dejara ahí, desnuda, vulnerable y ya no embarazada, detrás de la bata de interna. Me dieron dos pastillas de misoprostol y me llevaron a una sala donde había varias mujeres parturientas. La mujer que estaba a mi lado ya tenía contracciones y le habían colocado el monitor fetal. Y ahí estaba yo. Recostada en una cama, sin saber qué estaba pasando, qué me iba a pasar, cuánto tiempo iba a estar ahí y sobre todo, llevando todavía en el vientre a mi pequeñito muerto, mientras escuchaba fuerte y claro los quejidos de la futura madre y los latidos fuertes y claros de una vida que estaba por nacer...

No sé cuánto tiempo estuve ahí, pero fue una tortura psicológica que nunca había experimentado. Luego de unas horas comenzaron los cólicos. Las enfermeras de turno iban a verme y me preguntaban, “¿todo bien?” No. Nada estaba bien. Mi mente divaga entre la culpa y la desesperación. En algún momento llegó el anestesiólogo

mujeres asistidas por aborto espontáneo en Guadalajara, México: expresiones de violencia institucional y autoritarismo médico”, en *Musas*, vol. 3, núm. 2 (2018): 52 – 70, p. 56

a hacerme varias preguntas y a pedirme que firmara un consentimiento. “Doctor, ¿qué me van a hacer?”, “nada, nada, solo un procedimiento para asegurarnos de que todo esté bien MADRE” (sí, me dijo “madre”), “pero doctor, me voy a poder embarazar de nuevo?”, “sí, no te preocupes, estás joven ¿cuántos hijos tienes?”, “este era el primero”, “ah caray... bueno... Dios sabe por qué, no te preocupes”. Después de eso perdí por completo la noción del tiempo. Pero recuerdo los cólicos que se iban haciendo más y más fuertes y cómo las piernas se me acalambraban, y que tuve que aguantar porque no había nadie a quien pedir ayuda. Al menos nacieron 3 criaturas mientras yo estaba acostada, llorando. Pero llorando bajito porque, no quería empañar el momento de aquellas jóvenes madres.

Mientras estaba en aquella camilla renegué de todo lo bueno, lo agradable y lo perfecto. Invoqué la fuerza de mis ancestras, mis bisabuelas, abuelas y de mi madre. Pensé en razones para seguir viviendo. Escupí en el rostro de la muerte y le dije a Dios cuánto lo odiaba por hacerme esto. Sentí temor. Sentí a mi cuerpo expulsar a mi hijo. Lo toqué y sentí la tibieza de la sangre. Tuve que hablarle a una enfermera. “Señorita... señorita creo que salió... algo” (porque ese cuerpecito, ¿cómo podría ser el de mi hijo?). Vino la enfermera, levantó la sábana. “Abra las piernas MADRE” (sí, me dijo “madre”). “Ahorita le hablo al médico, ya no llore”. Llego alguien, no sé quién, con una bolsa. “¿Vas a querer el cuerpo de tu hijo MADRE?” (sí, otra vez “madre”), y yo horrorizada, “¿cómo que si voy a querer...?”, pensé, “no...”, alcancé a decir. “Bueno, ya no llore, ahorita viene el médico.” Y el médico, no venía. Otra mujer en la sala comienza a gritar, “enfermera, enfermera, ya va a nacer”. Todos corren. Me quedo sola otra vez. Llego un camillero, “me va a ayudar pasándose para acá MADRE” (¿es en

serio?), “pero estoy llena de sangre”, le digo, “no le hace, ahorita limpiamos”. Siento un chorro de sangre escurrirme por las piernas, me subo a la camilla, me llevan al quirófano, “Le vamos a hacer una limpieza, para asegurarnos de que no haya quedado material que luego se pueda infectar”, ¿material? ¿Cómo, material? Pienso. Me anestesian. Nuevamente no sé cuánto tiempo pasa. De pronto siento que me están dando palmaditas en la frente y despierto. “¿Quedé bien?”, pregunto, “¿Voy a poder embarazarme de nuevo?”, “Sí MADRE, quedaste bien, no te preocupes” (Pero yo no soy madre... pienso de nuevo).

Sala de recuperación. Para las nuevas madres y para las desgraciadas como yo. Comienzo a llorar y una enfermera compasiva se acerca a mí, me acaricia el pelo y me dice, “ya no llores, trata de estar tranquila”. Escucho que las enfermeras hablan de mí, “pobrecita, era primeriza, y no ha dejado de llorar”, “ah, ¿entonces no se lo provocó?”. Me duermo. No sé cuánto tiempo pasa, pero me despiertan porque me van a llevar a piso. El camillero y la enfermera van platicando de las carencias del hospital y de que va a haber protestas por la falta de presupuesto. Yo tengo frío. Y me siento sola. Y estoy muy triste, y quisiera morirme. Llego a la habitación que esa noche compartiré con 3 mujeres. Una de ellas con un bebé recién nacido. La otra, una mujer mayor, ha pasado lo mismo que yo, aunque ella ya tenía otros 3 hijos. Contamos rápido nuestras historias. Bromeamos un poco. Dejo de llorar porque, ¿quién es esta gente extraña? Me quedo dormida.

Al día siguiente, la joven madre al notar que me he despertado me dice, “¿Le puedes echar un ojo a mi niña?, es que quiero bañarme”. “Claro”. Pero no volteo a verla, no puedo verla, siento como una neblina que cubre mis ojos. Luego llega la enfermera, “Párese a bañar MADRE”

(esa palabra me punza en el corazón). Me levanto obligada. Es temprano, aún no sale el sol. “Pero no traigo nada”, le digo. “Si ya saben a qué vienen señora”, “se murió mi bebé, vine de urgencia ayer”, “ah”. “Yo te presto jabón”, me dice la joven madre. “Séquese con una sábana”, me dice la enfermera. “Ahorita le traigo una bata limpia”. “Estoy sangrando”. “Es normal, ahorita le traigo toallas sanitarias, báñese”.

Me meto al baño y cuando siento el agua caliente, lloro. Al agua caliente sí la reconozco. Es el primer abrazo que recibo, luego de la enfermera compasiva, el único toque amoroso que recibo en aquel edificio. Lloro un poco, y en voz baja, porque me da pena que me escuchen las otras mujeres. Salgo y me cubro. Me pongo las toallas sanitarias entre las piernas y me recuesto. Entonces llegan los hombres. Un médico y sus dos residentes. “Buenos días MADRES” (¿me perseguirá por siempre este estigma?). Revisan a la recién parida. “Ya te vas a ir a tu casa, felicidades”. Llega mi turno. “Señora... Pedroza... ¿tuvo un parto?” (¿tuve un parto? No lo sé). “No, se murió mi bebé”, “ah... sí”, “¿le hicieron legrado?”, “no sé”, “¿cuántos hijos tiene”, “era el primer embarazo doctor”, se me quiebra la voz. “Ajá”. Checa el expediente y habla entre dientes, “Misoprostol y legrado”, “¿se tomó algo?”. Las lágrimas asoman. “No se preocupe, ya pasó, le vamos a hacer un tacto. Recuéstese. Ábrame bien las piernas. Más, un poco más, así”. Se pone un guante de látex y mete sus dedos en mi vagina. “Ajá... ok, a ver tú, siente el borde superior del cérvix”. Su estudiante se pone un guante y mete sus dedos en mi vagina. “Ah, se siente como una protuberancia ¿no doc?”, “A ver...” El otro estudiante hace lo mismo. “Permiso, ¿eh?... ah sí, se siente como un pequeño borde...”, “Ah ver, no estás palpando bien”, “Ajá... ah sí, es normal, por la inflamación

del raspado supongo...”, el doctor me dice, “¿te quieres ir a tu casa?”, “Sí doctor, por favor”, “Bien, hoy te vas. Aquí te dejo tu receta”. “Gracias”. Se van.

Unas cuántas horas después llegan otros hombres. Los esposos/parejas. El nuevo papá con su bolsa de ropa, la cobija, que ya fue al cunero, que le manda saludos la tía fulana, que allá afuera están su mamá y sus hermanos. Veo entrar a mi esposo y se me llenan los ojos de lágrimas. Cierra la cortina alrededor de la cama para tener más privacidad. Me llevó un pijama, “te hubiera traído otra cosa, porque pensé que te ibas a quedar más, pero me dijeron que ya te van a dar de alta”. Sonrío. Eligió el pijama más feo que tenía en ese momento, “gracias”. Un breve silencio. “Era niño”, me dice. Y yo me suelto a llorar. Me abraza y solloza, pero en ese momento llega la trabajadora social y abre la cortina de par en par. “Buenas tardes, soy fulana. Ya tenemos los papeles listos del alta, me firma también este de cuando se llevaron el cuerpo los de la funeraria”, “¿el qué? Señorita, yo les dije que no quería el cuerpo”. Me ve con pena y le pregunta a mi esposo, “¿no le ha dicho?”. Mi esposo me ve con sus ojos tristes y me dice “como el bebé ya tenía más de tres meses, por ley tuvimos que sacar el cuerpo” ... siento que todo se me revuelve, ¿y el cuerpo?, ¿lo enterraron?, lo cremaron?, ¿dónde está mi hijo? “Bueno, los dejo que hablen”, mi esposo firma y me dice “vámonos”.

Resulta que, en cuanto expulse el cuerpo de mi hijo, llamaron a mi esposo para decirle que, por ley, se iba a tener que llevar el cadáver para enterrarlo. Y así, sin que yo supiera, mi esposo tuvo que contratar servicio funerario, y le pidieron que entrara para que viera que sí era su cuerpo, y se llevaron a cremar a mi niño, que quedó reducido a un puñito de ceniza. Luego le tuvieron que comprar una urna pequeñita y se lo llevaron en carroza hasta mi casa y mis

suegros y cuñados lo estuvieron velando... Y yo me enteré de todo eso así, por accidente y fue como si pequeño niño se me hubiera muerto de nuevo.

Los días, meses, años que siguieron estuvieron llenos de otras formas de violencias de género, pero solo haré referencia a aquella que tiene que ver con otra institución de salud pública. Uno o dos años después, comencé a ir a consulta al departamento de medicina de la reproducción del Hospital General de México Dr. Eduardo Liceaga. En la primera consulta con el médico general, hombre mayor, las preguntas fueron: a qué viene, cuántos hijos tiene, cuántos embarazos, a qué edad, “uy no señora, ya está grande, no creo que la acepten en reproducción ¿eh? ¿Por qué no tuvo hijos antes?”.

Por qué no tuve hijos antes... Claramente era mi responsabilidad. Me hubiera embarazado a los 18, o a los 23, o a los 15, o a los 12... pero no... después de los 30, mientras estudiaba un doctorado... qué tonta, por qué no me embaracé antes.

¿Fuma? No. ¿Toma? No. ¿A qué edad comenzó su vida sexual? A los 28. ¿A los 28? ¿Y eso?, no atino a decir algo, pero a él tampoco le importa. ¿Cuántas parejas sexuales ha tenido? Solo mi esposo. “Uy, qué aburrido. ¿Entonces fue un aborto... espontáneo o... provocado? ¿A las cuántas semanas? ¿Se tomó algo? Uy, ya estaba grande. ¿Le hicieron legrado? Le voy a dar su pase, pues a ver inténtelo, pero como le digo, señora, usted tiene matriz vieja”.

Mientras caminaba a control de citas, la voz, la risita, los comentarios, la actitud del médico y sus preguntas me perseguían. Sobre todo, aquella que me ha revictimizado por años, ¿por qué no me embaracé antes?

Llega el día de mi cita con el médico de la reproducción. Misma actitud, mismas preguntas. Cuántos años

tenía cuándo me embaracé. “30”. “Mmmm no. Acuértese que entre más van dejando pasar la edad, las probabilidades se reducen... ¿Cuántos años tiene ahora?” “32” “¿Qué fue lo que pasó?”, “Tuve un aborto espontáneo a las 19 semanas”. Escribe en su computadora, mira algunos estudios y dice “Pues le puede volver a pasar ¿eh? Si ya tuvo un aborto lo más probable es que si se embaraza de nuevo aborte otra vez, sobre todo porque ya tiene matriz vieja...” Me mira y suaviza su tono. “Pero yo le voy a ayudar, no se preocupe”. ¿Qué no me preocupe? Desde que comencé este proceso la institución médica ha vertido sobre mí el peso de sus saberes. No me ha ofrecido ningún tipo de consuelo. Ha violentado mi cuerpo con los tactos, los comentarios, los estudios, los juicios de valor, las preguntas que intentan culpabilizarme o responsabilizarme por el aborto. Ninguna de las personas que me atendieron han seguido un protocolo de atención a las mujeres que nos encontramos en la misma situación y la institución me ha revictimizado al cuestionar las decisiones de mi trayectoria personal y mi decisión sobre esperar para tener hijos. Incluso, por un mal diagnóstico me hicieron una colposcopia para tomarme una biopsia y como no dejaba de sangrar, me cauterizaron, todo ello con mi cerviz a la vista de al menos 5 estudiantes.

Querida lectora. Si te identificaste o te horrorizaste con mi relato, te abrazo. Te doy un abrazo muy fuerte y quiero que sepas que, si necesitas ser escuchada, puedes buscarme.

Mi experiencia no es única. En México, según datos del Inegi, “de las muertes fetales, 83.5 % (19 217) ocurrió antes del parto... Entre los abortos que corresponden a los casos en los que la edad gestacional del feto era menor a las 22

semanas, el aborto espontáneo es el más común entre las muertes fetales, con 7 187 casos (87.2 %).³

¿Qué es la violencia obstétrica? Siguiendo a Contreras (2018) “la violencia obstétrica, o lo que las mujeres entienden y experimentan como violencia, a veces es producto de las condiciones de infraestructura, falta de personal, falta de materiales y exceso de pacientes por médico...”

Como ocurre con la violencia hacia las mujeres, no respeta edad ni estatus social o educativo, y al parecer en la práctica médica, que hace parte del *habitus* de las instituciones de salud en México, la experiencia se entiende como un proceso natural ante la “falta de viabilidad para la vida”, que reduce el cuerpo al recipiente de un mero proceso de tipo biológico, pero que al mismo tiempo sospecha de la mujer embarazada como la primera responsable de “cuidar” el embarazo.

Además, como también expresa Contreras (2018), “la violencia obstétrica opera mediante... falta de sensibilidad y empatía ante las emociones expresadas por las mujeres luego del aborto... Todas estas experiencias de violencia obstétrica muestran efectos negativos, traumáticos y dolorosos en las mujeres”. Después de toda esta experiencia, no tuve coraje para volver a intentar embarazarme. Y sí, visité una clínica de fertilidad y nos hicimos muchos estudios, PERO, ya tenía un miedo instalado en mi corazón y mi útero se cerró... si puede volver a pasar de nuevo... ¿seré capaz de sobrevivir a una segunda pérdida no solo como un cuerpo biológico, sino como un ser integral?

La única respuesta que tengo es “no, no tomé nada”.

3 INEGI, Comunicado de prensa núm. 486/22 31 de agosto de 2022

LAS MUJERES QUE COCREAN EL REINO DE LA PAZ/ SER MUJER ES PARIR EL REINO. *

Ana Lilia Salazar

Comencemos por reconocer que la historia cristiana no sería posible -material y humanamente- sin el sí de una mujer, el Sí de María. Es decir, abro esta reflexión recordando que el cristianismo nace del cuerpo de María y con ello “la transgresión es una novedad que ella asume en su embarazo”. (Cardoso, 1994: 28; Lopes, 1997: 56) al decir sí a la vida y al cuidado de ésta y no así en su virginidad (Cardoso, 1994: 28; Lopes, 1997). Entonces, sin las mujeres no habría cristianismo.

Son mujeres las que en la historia cristiana han cocreado,

1 Ana Lilia Salazar Zarco. Investigadora independiente. Doctora y maestra en Estudios Latinoamericanos, licenciada en Sociología, Psicoterapeuta Humanista Existencial, Psicóloga Holística, estudiosa de la Teología Feminista.

* Una primera versión de esta reflexión se publicó en *Tras las huellas de Sophía*, con el título “Ser mujer es parir el reino.” En el marco del #8M2023 el 23 de febrero de 2023. [Disponible en: https://www.religiondigital.org/tras_las_huellas_de_sophia/mujer-parir-reino_7_2536016376.html]

restaurado y reparado el reino de la paz, el reino del Dios (madre-padre) de Jesús, si bien, de la mano de los varones, también, parece que la violencia patriarcal de los discursos religiosos cristianos ha intentado borrar, olvidar o invalidar el papel de las mujeres o, en el mejor de los casos, se han presentado desde nociones acordes a estas visiones patriarcales. Por lo que, en esta reflexión traigo a la memoria algunas de las mujeres que han sostenido el cristianismo intentando generar una mirada que haga justicia a su centralidad dentro de la historia cristiana y a su papel como constructoras de paz.

Inicio con María, madre de Jesús, la mujer adolescente que lo parió, lo creció y lo cuidó y, también, le enseñó a orar profundamente y sobre la dignidad de las personas, incluso de las nadie, como las mujeres. La enseñanza sobre la compasión y el amor de Dios llegó a Jesús cuando en una considerada no persona se hizo el milagro: “¡Oh, María!, el Señor ha mirado tu humildad y ha hecho en ti maravillas” (Lucas 1, 48-49). Lo que hace a María alguien que comparte su vida como camarada y hermana en la lucha. (Johnson, 2008: 224) y no en una criatura celestial, sino que es un imán de esperanza para aquellos que han sido privados de sus vidas y para las mujeres pobres. (Johnson, 2008: 224).

Y para que María pudiera literalmente parir el cristianismo al abrir sus caderas, hubo mujeres que parieron a las predecesoras del ungido. Como la abuela materna del nazi, Ana. Su nombre significa “gracia” y Dios la preparó con ésta y con magníficos dones para ser la madre de la madre de Jesucristo y, por lo tanto, también la abuela de la actual comunidad cristiana. Ana fue preparada espiritualmente para su “papel de ser la madre de María y la abuela de Aquél que demostraría públicamente el Camino del Maestro de Justicia, el camino de un Cristo.” (Heartsong,

2014: 54). Ella parió en su hija, en la mujer, “la energía que más tarde se encarnaría como la Madre Divina. A través de su elección de completar su iniciación en esta vida, estaba preparada para desempeñar el papel de María, a quien tus iglesias llaman la [...] Madre.” (Heartsong, 2014: 5).

Otras mujeres que hicieron posible esta historia de salvación, amor y paz en el Amor, son esas que le dieron la oportunidad a José de cambiar su mirada patriarcal en un momento crucial de la historia y, así, le permitieron formar parte de la familia restaurada más novedosa de su época y con la que Jesús se convirtió allá y entonces en el rey de los judíos y aquí y ahora en el de los cristianos y las cristianas. Esas mujeres que antecedieron a José fueron transgresoras de los mandatos patriarcales. El linaje femenino de Jesús por parte del sistema familiar de José lo relacionan con Tamar, Rahab, Betsabé y Rut (Lopes, 1997) y estas mujeres representaron “una crítica contra la sociedad patriarcal legalista, controladora y opresora”. (Lopes, 1997: 58) Ellas fueron “una nueva propuesta para la organización de la familia humana, [pues asumieron posturas fuera] del *status* doméstico tradicional.” (Lopes, 1997: 51).

Distintas figuras femeninas que Jesús conoció como parte de su tradición espiritual y religiosa, son las primeras mujeres creadas por Yahveh: Eva y Lilith. En ambos casos, según los relatos del antiguo testamento son mujeres desobedientes a los mandatos patriarcales que han dicho que son de “dios”. La desobediencia de Eva cuando come del árbol prohibido “¿Has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.” (Génesis 3, 16-19) llevó a la humanidad a abrir los ojos a la razón, lo que, a pesar de todo, hoy se ha convertido en el motor del desarrollo de la humanidad; y su honestidad

“Entonces Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí.” (Génesis 3, 16-19) nos ha permitido confiar en la salvación, en la reparación del daño cuando autogobernamos nuestra oscuridad, manifiesto después de la desobediencia de “la madre de todos los vivientes.” (Génesis 3, 20). Por otra parte, la desobediencia de Lilith nos enseña que la naturaleza salvaje se habita, que la oscuridad es fundamento antropológico, la sombra señala C. Jung, “Lilith habita en el desierto o en ruinas abandonadas [...] Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará al otro; también allí reposará Lilith (Isaías 34, 14)”. Como podemos notar la desobediencia de Eva y Lilith nos hace comprender que la oscuridad en Jesús -que es evidente en momentos de desesperanza y desolación- es natural.

Ahora quiero aclarar que cuando se habla de cocrear, no solo se hace alusión parir (acción literal de expulsar el feto que tiene la vivípara en su vientre, cómo lo señala cualquier diccionario y que es el caso de María, Ana y la genealogía de José) también puede ser metafóricamente como es en el relato de Eva y Lilith. Lo importante es que en todas las narrativas lo que notamos son experiencias de cocreación de la libertad, de la aceptación, del perdón, de la reconciliación, de la fe, de la salvación, de la reparación, de la reparación y del Amor, es decir, co crear como la segunda aceptación de parir que nos enseña el diccionario: producir o crear una cosa o lugar. Por ejemplo, el reino de la paz.

Es este sentido, otras mujeres a las que quiero hacer alusión porque también ellas han cocreado el cristianismo, son las amigas, cómplices y discípulas de Jesús: María que “«sentada a los pies del Señor, escuchaba lo que él decía» (Lucas 10:39)”; Martha quien se le explicó “Pero sólo una cosa es necesaria y María ha escogido la buena parte, la cual

no le será quitada.” (Lucas 10:42); y María de Magdala quien seguía a Jesús junto con otras “mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades” (Lucas 8: 2).

En ellas se cocreo (se parió) el Amor de Jesús. Este hombre que las amó profundamente, aun cuando, por ser mujeres no eran consideradas personas.

Ellas, las primeras discípulas de Jesús.

Ellas, las hermanas de Jesús.

Ellas, las que amaron y siguieron a Jesús.

Ellas, que aún en el sepulcro cuidaron la dignidad del cuerpo inerte de su hermano, de su maestro, de su Amor.

Otras mujeres que también cocrearon el reino de paz en el Amor profundo fueron La suegra de Pedro (Lucas 4:38-39) y La viuda de Naín (Lucas 7:11-15), en la inclusión fueron La mujer encorvada (Lucas 13:10-13), La del flujo de sangre (Lucas 8:43-48) y La mujer cananea (Mateo 15:22-28), y en la mirada compasiva fue La mujer samaritana (Juan, 4: 10-26). Mujeres cuyos espíritus gritaban, gemían por el dolor de la injusticia y la humillación (la violencia) y que fueron sanadas por Jesús y se convirtieron en misioneras de la reconciliación (cocreadoras del reino de la paz).

Por último, quiero hablar de las mujeres que hoy, todos los días, cocrean en el mundo el reino de la paz. Hablo de nuestras abuelas y madres, de nosotras mismas, quienes con nuestros cuerpos y trabajos cocreamos todos los días el Amor de la divinidad de Jesús e intentamos vivir como él vivió y, sobre todo, experimentar la fe, es decir, la confianza en la promesa de Dios: la vida digna de todas las vidas.

Por ello, si las mujeres también cocreamos y sostenemos el cristianismo y hemos reparado y restaurado el reino de la paz, merecemos ser consideradas, vistas, valoradas y exigimos puestos de tomas de decisiones dentro del cristianismo.

Bibliografía

Johnson, Elizabeth A. (2008). “Nuestra hermana verdad. Una aproximación hermenéutica feminista”, en *Concilium*, núm. 327, pág. 495-503.

Lopes Torres, Mercedes. (1997). “Mujeres que se inventan salidas (Mt 1, 1-17)”, en *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, núm. 25 págs. 52-58.

Paredes, Julieta. (2008). *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. LIFS.

Heartsong, Claire. (2014). *La Abuela de Jesús. Un Mensaje de Amor y Sabiduría*. Traducido y editado al español por Teresa Escrig.

SANACIÓN COLECTIVA ENFERMERA: UNA FORMA DE VIVIR LA DIVINIDAD

Karla Ivonne Mijangos Fuentes¹.

La enfermería es la profesión que tiene como legado social el cuidado de las personas; y es quizás esto, el primer acto humano que permite a toda persona vivir el aquí y el ahora, porque como muchos científicos y pensadores lo han advertido, la vulnerabilidad del ser humano es tan compleja y amplia que las prácticas de cuidados son aquellas que nos permiten trascender la vulnerabilidad y el riesgo de sufrimiento como un tipo de desplazamiento místico.

Cabe hacer hincapié, que las prácticas de cuidado no sólo salvan al ser humano de morir, por demás, les permiten desarrollar la solidaridad, la empatía/simpatía, la caridad, el amor y la espiritualidad que se aviva en la interacción simbólica que surge en el acto humano del cuidar.

La enfermería como ciencia del cuidado tiene una misión divina, la de permitir que la persona cuidada en el acto transpersonal sane en toda su integralidad; y para ello, es

1 Colectivo Enfermeras Diversas y Disidentes. Enfermería y espiritualidad kaivo8416@gmail.com

necesario que la dimensión física, biológica y psicológica de cuidado se desplacen ontológica y metodológicamente hacia una dimensión más cósmica y cosmogónica del ser humano, la cual, de cierta forma, le permite la trascendencia, la obtención de la sabiduría y el discernimiento.

Desde esta perspectiva, el cuidado se vuelve complejo, más que por su operatividad conceptual, por su carácter ontológico y pluriverso de comprensión y atención de las necesidades corpóreas, debido a que la persona entra en un circuito energético que va conectando nodos de energía, los cuales van fluyendo hasta alcanzar ese grado máximo de bien(estar) en ese espacio donde el permanecer y el estar caminan en un horizonte paralelo de entendimiento y aceptación.

“Todo está conectado. Cuando nos enlazamos con nuestro ser espiritual, estamos abordando la salud y la enfermedad en un nivel muy entrañable” (...) *“La oración y la meditación tienen la capacidad para reducir el ajetreo que sentimos y nos ayudan a centrarnos en las cosas que son realmente importantes”* (Capellán Renato Santos, 2014, capellán jefe del departamento de en Baptist Health South Florida).

Tal y como lo expresa el Capellán, la salud y/o sanación no se pueden concebir y conceptualizar desde lo físico y psicológico, por el contrario, la dimensión espiritual permite la conexión que el cuerpo necesita para lograr la sanación, y aquí la palabra y/o meditación es la que alimenta o desintoxica al cuerpo, porque conlleva al equilibrio y a la creación de un espacio interno para alcanzar la salud.

Así, para hablar de enfermería desde una postura política, ética y epistémica, corresponde tratarla de estas otras formas de co-construcción del cuidado, es decir, desde estas otras realidades que se des(colocan) en función de los valores objetivos que se agregan a la carga del cuidado

enfermero, porque este último criterio, es desde donde siempre hemos posicionado a la enfermería. Por ejemplo, la aplicación de tratamientos, de higiene y/o curación, procesos y procedimientos especializados, cuantificación de líquidos, etcétera; son cuidados que siempre han sido altamente valorados por su característica cuantificable desde un valor capitalista y occidental.

Y con esto no quiero afirmar, que estos cuidados no son importantes, empero, se puede agregar que estos procesos de cuidado son tan significativos como el conjunto de trayectorias que se suscitan en el espacio y tiempo de cuidado, los cuales permiten la trascendencia de la persona desde un estado de desequilibrio a un estado de sanación, y desde un nivel de corporalidad biológica a uno de nivel espiritual, sin embargo, y como se ha venido advirtiendo, estos últimos cuidados son invisibilizados debido a su carácter más cualitativo y místico.

Y justo ahora, se hace prudente esclarecer que el cuidado espiritual no es igual al cuidado religioso, porque lo segundo conlleva a una decisión personal sobre la aceptación de un tipo específico de prácticas y rituales que se corresponden con la representación cultural, social y territorial de la persona en tanto que ésta pertenece a una institución, por el contrario, un cuidado espiritual es lo que resulta del desprendimiento de energías en la interconexión de personas que confluyen en un espacio determinado _la que busca la ayuda y la que la provee_ y justo esto que circula en el intersticio de las corporalidades y divinidades que se cruzan, da como resultado un producto que concatena un objetivo, la sanación.

¿Cómo surge la idea de sanarnos en colectivo?

La comprensión del fenómeno del cuidado no solo debe atender al cuidado del otro, por el contrario, el primer sujeto pensado para cuidar debiera ser la propia persona, pues es a través de la interacción corpórea que los seres humanos reciben las señales suficientes para la construcción de la empatía, la comprensión de los malestares, la interacción y la interpretación de su corporalidad en conexión con los cuerpos de las personas que le rodean.

No obstante, en la construcción epistemológica de la ciencia occidental, el cuerpo se objetiviza y divide para su estudio y comprensión en órganos y sistemas, es decir, se fragmenta. Y en esa fragmentación corpórea de ese otro que se estudia, la propia corporalidad se vuelve ajena debido a un fenómeno de emancipación y subjetivación corporal, la cual surge del propio profesional, por tanto, éste tiende a despojar su cuerpo como primer elemento de interacción y de cuidado.

En esta dirección, tal y como ha sucedido en todos los tiempos, lo que no se ve y palpa a través de datos objetivos y medibles parece no estar en el centro de atención y especialización de la medicina y la enfermería. Por ejemplo, no es menester señalar que en la enfermería el autocuidado o cuidado de “sí” se encuentra ausente, porque a las enfermeras les han enseñado que siempre está primero la necesidad de la otra persona antes que la propia.

Tal y como proponía José María Escrivá de Balaguer (1902-1975), con la enfermería ocurre lo mismo que en la doctrina del Opus Dei, donde se percibe que todas las personas pueden alcanzar la santidad a través del trabajo, debido a que el trabajo profesional se posiciona como el medio primordial para la santificación y la base para el apostolado

personal (Bargo, 2023), por ende, la visión que se tiene en la enfermería sobre el mundo es muy particular y simbólicamente religiosa (Turcotte, 2001).

Y conforme a esta idea y estructura del pensamiento, es que las enfermeras son formadas bajo una pedagogía cruel que las oprime, las castiga y exige de ellas la mejor atención, y como consecuencia, las enfermeras tienden a normalizar todo tipo de violencias y aniquilación corporal como una estrategia y vocación que les permitirá trascender hacia una santificación del trabajo y del cuerpo.

Quizás ahora mismo se cuestionen la naturaleza de la enfermería, y de la cual no vamos a contar detalles en este momento, sin embargo, era necesario comenzar estas líneas para poner en contexto el texto y la función que los talleres de sanación colectiva tuvieron en este campo disciplinar durante la pandemia y posterior a ella.

Como contexto, se aproximaba el 8 de marzo de 2020, era tiempo de pandemia y las actividades presenciales estaban prohibidas, por ende, éstas se tenían que reinventar para alcanzar un nivel de impacto en el mundo de la virtualidad. Así, junto con otra colega de Colombia, quien se ha desarrollado dentro de la terapia holística y física cuántica (Milena Carvajal George) desarrollamos una campaña denominada “8M Enfermería”, con la finalidad de que dichos profesionales denunciaran las violencias vividas en su profesión y formación.

El objetivo como muchas veces ya se ha venido pronunciado a lo largo del texto, era que las enfermeras sintieran el acuerpamiento y la sororidad para poder enunciar todo aquello que desde sus corporalidades profesionales no han podido decir, o por el contrario, que han naturalizado como algo que conforma la vocación y el amor a la profesión.

Al principio de la campaña no vimos una respuesta positiva y afirmativa por parte de las enfermeras, por ende, nosotras comenzamos a realizar videos y a subir fotos donde hacíamos la denuncia colectiva. Con el paso de los días, las denuncias comenzaron a hacerse visibles y dimos cuenta que muchas de las demandas provenían de estudiantes o pasantes de enfermería.

Sin hacer mucho alarde, una tarde recibí un mensaje de una de las jefas que laboran en un hospital de Tuxtepec, en Oaxaca, México. Ella me pedía el apoyo, ya que debido a esta campaña muchos de sus pasantes pudieron expresar todos los actos de acosos que estaban experimentando, y ella comentaba que no sabía cómo podía abordar esta problemática en el interior de su hospital.

En ese momento, junto con otras hermanas de Argentina (Sara Domínguez), de Chile (Lucy Jure Care), de Colombia (Milena Carvajal George) y de México (Aida Guzmán Gasga) planeamos una estrategia que además de informar, abarcará el componente emocional y espiritual de las enfermeras y pasantes víctimas de acosos y violencias.

En este entramado, fue que diseñamos un taller con enfoque de sanación colectiva, en el cual, en principio, pudimos identificar las necesidades de sanación, los orígenes de estas necesidades, y finalmente desarrollamos el taller en el que pudimos sanar(nos) todas y, cuando hablamos de todas, nos incluimos nosotras dentro de todo ese proceso sanador como epistemología feminista.

Es esta identidad de lo colectivo bajo la cual planeamos el taller, porque nosotras al formar parte del mismo campo disciplinar, al tiempo que ayudamos a otras a sanar, en la dinámica espiritual, también logramos identificar otras matrices colonizadas de nuestras corporalidades, las cuales necesitarían de nuevas comprensiones y sanaciones

en colectivo. Y todo al final se vuelve un circuito con altas y bajas, con desequilibrios y equilibrios, con derrumbes y sanación, con ocultamiento y descubrimiento, con pronunciamiento y desalojamiento.

Este último término, es el que nos mueve a interrogarnos sobre el sentido del síntoma y la etnografía de las terapéuticas religiosas, las cuales se construyen a partir del sentido social y cultural que producen el malestar, la enfermedad, el dolor y la cura, debido a que todas estas se modelan en una sociedad en relación con las formas particulares de construir y procesar el dolor en colectivo (Giménez y Fernández, 2018).

Y justo en esa línea, es que se planearon los talleres de sanación colectiva, como una especie de sacramento de confesión colectiva, en donde confesar(nos) constituye el elemento necesario para exorcizarnos y expulsar los demonios que nos controlan y oprimen.

El taller de sanación colectiva enfermera

El taller se diseñó para tres días, porque se pretendía que el nivel de intensidad y emoción subiera conforme el paso de los días. Tal y como ocurre con los procesos de carismatización católica, el ritual se conforma de prácticas con distintos grados de intensidad, así como de la incorporación de elementos como la creencia en milagros, los dones espirituales, la sanación y la renovación hacia un Cristo poderoso que abandona al Cristo sufrido y crucificado (Cabrera, 2001).

En esta dirección, cada día del taller se componía de tres fases: 1) en la fase de bienvenida, se recibía a las enfermeras con una gran fiesta y música, así dábamos paso a

la fase terapéutica de soltura, ya que a través de la misma lográbamos que las compañeras abrieran su corazón para la escucha y la enunciación; 2) en la fase de reflexión o medular, se explicaba por medio de una presentación dinámica la temática que permitiera un análisis profundo de la profesión y el cuerpo, finalmente, invitábamos a las compañeras a unirse a algunos grupos previamente elaborados y diseñados con alguna consigna que debían platicar y reflexionar en colectivo y; 3) en la fase de expulsión de emociones, las enfermeras holísticas ponían una dinámica de sanación espiritual invitando a las otras enfermeras a no quedarse con dolores y sufrimientos corporales, en concreto, a sanar lo vivido a través de la renovación en un Cristo poderoso.

Cabe mencionar que los procesos terapéuticos holísticos permiten que nuestras cuerpos se abran al diálogo interno, y de éste con el mundo externo; de esta forma, las terapias ayudaron a que soltáramos nuestras emociones contenidas, permitieron que nos cuestionáramos el origen de esa contención e incomodidades, y al mismo tiempo, a través del discurso oral y/o meditación, se pudieron hacer reflexiones en función de las estructuras que nos configuraron como enfermeras, las cuales nos mantienen en un proceso del “no ser” y “querer ser”.

Asimismo, durante dicha práctica terapéutica las enfermeras atravesaron por sus trayectorias de vida, es decir, se vieron en un hoy, pero también se aproximaron a una identidad pre-enfermera (antes de ser enfermeras), por ende, se pensaron en una enfermería más justa, más solidaria con ellas y más conectada con la divinidad interna que las sostiene. Cabe hacer hincapié que, este tipo de terapias les permitió desprenderse de sus prejuicios, sus estereotipos, sus culpas, sus secretos colonizados, sus prácticas racistas

y androcentristas; y de esta forma, retomaron esas ideas para desencantarlas del mundo real y reconfigurar nuevas formas de pensar el cuidado, incluido el autocuidado o amor propio.

La segunda parte que corresponde con la exposición teórica, se fortalecía el desprendimiento de heridas o pecados a través de la reflexión y análisis en colectivo de las experiencias y las vivencias. Al final, a las personas se le asignaba a un grupo de trabajo desde el cual debían de reflexionar una pregunta reelaborada por la instructora; y debido a que el taller fue virtual, los grupos fueron creados por medio de la herramienta zoom. Asimismo, en cada uno de los grupos virtuales permanecía una de las integrantes del equipo de trabajo con el objetivo de dirigir la dinámica y escribir las reflexiones y conclusiones del grupo.

Al final del trabajo, en subgrupos nos volvíamos a reunir en el grupo general de zoom, les permitíamos hacer una última reflexión sobre lo vivido en los grupos de trabajo. Y finalmente, una de las compañeras hacía una terapia de sanación y expulsión de emociones con la finalidad de evitar una contención de emociones encontradas y vividas colectivamente.

Antes de cerrar cada sesión, observábamos que conforme pasaban los días, las enfermeras soltaban con más habilidad y fluidez sus incomodidades, debido a que muchos de los malestares que ellas enunciaron no los habían reconocido previamente como un “no estar bien”, por eso, ahora que le daban un significado colonizado y corpóreo a sus emociones, lograban reestructurar un nuevo sentido a su vida y profesión, es decir, se trataban con más ternura y compasión porque reconocían que su poder divino lo habían desalojado de su cuerpo, pero que era el momento de recuperarlo y reconfigurarlo para reencantar a la profesión y a sus corporalidades.

Después del taller ¿qué sigue?

Al finalizar los talleres, las integrantes del grupo de trabajo nos reunimos para poder leer los escritos y reflexiones que anotamos en nuestras libretas, mismos que nos permitían sanar(nos) a través de ellos, porque al leer las matrices colonizadas de nuestras compañeras, dábamos lectura a nosotras mismas, a nuestras trayectorias y a nuestras emancipaciones en proceso.

Así, en las lecturas que hicimos, reconocimos algunos de los elementos que localizamos y analizamos como grupo de trabajo, dentro de estos componentes hallamos que las enfermeras viven expuestas a muchas formas de violencias y de acosos que van desde la formación hasta su ejercicio profesional.

En esta línea, el acoso es algo que ellas viven como una forma de ejercicio del autoritarismo de las personas que ocupan mayores puestos jerárquicos, por tanto, cuestionarlo se convierte en una prohibición y riesgo al mismo tiempo, así mismo, ellas reflejaron que desde la formación son tratadas duramente para evitar el error y para aguantar la sobrecarga laboral, así como alcanzar la santidad a través del trabajo.

Al parecer, ellas han interiorizado como algo normal esa sensación de sentirse como en un lugar o espacio ajeno donde no tienen derecho a la opinión, al diálogo interprofesional, a la acción propositiva terapéutica, a la posibilidad de transformar su realidad y, sobre todo, a la conformidad de vivir bajo la condena de la burocracia constante y la precarización salarial.

En este entender, ellas referían que muchos de los elementos que pueden denominarse como violentos, ellas lo aceptaban como prácticas fundantes de la ética,

la vocación y la nobleza profesional, por tanto, aunque siempre les causaba incomodidad corpórea y reflexión de lo que estaban sintiendo, ellas terminaban por agregarle un valor profesional, simbólico y religioso a sus emociones, es decir, como una especie de patriotismo enfermero subjetivado a partir de la vocación.

Asimismo, cuando hablábamos de sanación, hacíamos referencia al poder sanador de las mujeres para erradicar las matrices corpóreas colonizadas. Y en este entender, dentro del taller pudimos apremiar el poder de la divinidad femenina que habita en cada una de ellas. Es decir, nosotras nos movimos bajo las energías femeninas que se cruzaron en ese territorio virtual, ya que las chacras que cada una desprendía, se conectaban con las de las otras, permitiendo así el intercambio, la trascendencia, el fluir y la reconciliación con nuestra propia capacidad política vital, pero también con la divinidad con la cual compartimos nuestra vida, historia e identidad.

Y en ese campo fluido de energías y poderes, ocurrían los más bellos sentimientos, tal como ocurre con esa oveja perdida y encontrada por su pastor, porque justo volver a pensarnos como personas con múltiples necesidades, nos permitía sentir nuestras cuerpos, nuestras emociones en cautiverio, por ende, volver a replantearnos el autocuidado y el amor propio como centro de entendimiento y acción.

Entre esas discusiones que transitaban el espacio virtual, ocurría el poder sanador de las mujeres, porque el poder de la divinidad nos permitía perdonarnos por el abandono y el daño causado a nuestras cuerpos, así mismo nos trataba con la ternura que se requiere cuando una se ha perdido y se está encontrando. Y es a través de esa fuerza femenina, que nos encontrábamos con la Verónica que limpiaba nuestros rostros del sudor y la sangre del sufrimiento, por tanto,

nos descubría los rostros para sentirnos aquí y ahora, para sentirnos humanas y vivas.

Por ejemplo, los cuencos tibetanos de Lucy Jure se escuchaban a lo lejos, pero nos hacían vibrar con la energía que deslizaba entropías, que transmutaba identidades ocultas y que cambiaba paradigmas de pensamiento y sentimiento. Al mismo tiempo que las vibraciones nos iban sanando.

Con el paso del tiempo, fuimos convocadas para seguir realizando talleres de sanación colectiva entre enfermeras de Latinoamérica. En el caso de Los Ángeles, en Chile, hemos desarrollado dos talleres en los cuales vimos caer lágrimas, derrumbar ladrillos de realidad y romper estructuras heteronormadas y patriarcales de la profesión del cuidado.

En este sentido, romper el pacto patriarcal no es sencillo cuando sabemos que se nos ha enseñado la estructura y superestructura a partir de la mirada del patriarcalismo médico; sobre todo, cuando la pedagogía esta basada en la crueldad, el castigo, el autoritarismo, la verticalidad y el aprendizaje acrítico, elementos que convergen y construyen al patriarcado.

Muchas de nosotras durante este ejercicio, leíamos nuestro racismo enraizado en una construcción de ciudadanía blanca y europea, abrazábamos nuestros prejuicios como quien se adhiere a sus pecados, pero también nos reconocíamos en lo que dijo Jesús, no es pecado lo que entra por la boca, pero sí lo que sale de la misma; y ciertamente, dábamos cuenta que nosotras habíamos sido el depósito de los elementos colonizadores de nuestra profesión, aquellos que inconscientemente instauramos para continuarnos con esa filosofía antropocentrista y androcentrista.

Asimismo, dimos cuenta a través de las palabras del gran discípulo Jesús, que no fue pecado el haber adoptado esas

prácticas y pensamientos, pues vivimos en un proceso colonizador, sin embargo, en el momento que abrimos la conciencia y damos paso a la restauración y sanación corpórea, el pecado surge como idea y acción cuando seguimos reproduciendo dichas estructuras de pensamiento y estructuración de la vida cotidiana.

Sobra decir que durante estos tres días pudimos ver y sentir el poder sanador de las mujeres, debido a que en este espacio surgieron las matrices colonizadas que como enfermeras vamos cargando todo el tiempo desde nuestra formación hasta que ya somos profesionistas. Sin embargo, enunciar en colectivo, nos permitía reparar y reconstruir en colectivo.

Es importante reconocer y comprender los procesos de sanación en combinación con ejercicios de liberación, en contextos de prácticas y creencias diversas no siempre asumidas, pero claramente presentes, tal es el caso del poder de la sanación colectiva o en términos de Saizar y Korman (2012), de “complementariedad terapéutica” que favorecen el reconocimiento de la opresión y el camino de la liberación al mismo tiempo. Por ejemplo, en las prácticas exorcistas, las personas y el sacerdote recurren a un universo plural de sentidos, con recursos múltiples que ayudan a liberar a las personas de malestares ubicados en el punto de la intersección entre religión y salud Talamonti (2005).

Y justo en este ejercicio de sanación colectiva, las enfermeras lograron exorcizarse de prácticas demonizadas que parecían socavar su sentido de vida, de humanismo, de divinidad y de poder sanador.

A manera de conclusión

Es triste reconocernos como una profesión del cuidado que ontológicamente esta constituida y configurada para cuidar del otro, empero que está cercenada del autocuidado desde el ser ontológico que representa como ente cuidador/a. Es por ello que las enfermeras planean estrategias para promocionar la salud de ese otro, evalúan programas y proyectos que ayudan a mantener la salud de las poblaciones en su máximo esplendor.

No obstante, tal y como ya se había planteado, en esta relación terapéutica de dos entes espirituales, sociales y energéticos, el vínculo se hace unidireccional, jerárquico y lineal, es decir, la relación de cuidado se convierte en una búsqueda por sanar del malestar y del pecado de la enfermedad al enfermo o pecador, pero se olvida que en la interacción interpersonal la sanación es bidireccional, por ejemplo, mientras uno libera el otro recibe, transforma y transmuta.

En este sentido, durante estos talleres de sanación colectiva, se recupera que la sanación es un acto que ocurre de la interacción de dos personas, o de una persona con su entorno, por ende, el manejo de energías sanadoras es de vital importancia para permitir que quien busca la sanación, al mismo tiempo logre la emancipación del sufrimiento del otro que lo hizo sanar.

Asimismo, esta epistemología de la sanación como metodología y modelo permitió que las enfermeras se reconocieran como entes que requieren cuidado y sanación; y que mejor, que las enfermeras dieran cuenta que con otra igual y/o alter al mismo tiempo, pudieran verse dentro de un proceso de sanación colectiva a través de las energías espirituales que construyeron dicha interacción.

Finalmente, a través del desarrollo de estos talleres las enfermeras rompen con uno de los pilares patriarcales que las ha mantenido separadas en los últimos siglos: la falacia que apunta que “La peor enemiga de una enfermera es otra enfermera”. Y es a partir de estos talleres que las enfermeras reencantan su profesión reestructurando la frase anterior por la siguiente: “La sanación de una enfermera está en otra enfermera”.

REFERENCIAS

- Bargo, M. (2023). El opus dei y la profesionalización del trabajo social. Vol. 17:1 (2023): pp. 1-24. Disponible en: <https://www.revistaculturayreligion.cl/index.php/revistaculturayreligion/article/view/1061/748>
- Cabrera, P. (2001). Nuevas prácticas, nuevas percepciones: la experiencia de la Renovación Carismática Católica. *ILHA Revista de Antropología*, 3(1): pp. 121-37.
- Giménez, V. y Fernández, N. (2018). “Somos cuerpo, alma y espíritu”: Persona, enfermedad y procesos de sanación y exorcismo en el catolicismo contemporáneo en Argentina. *Salud colectiva*, 14 (2): pp. 161-77. Disponible en: <https://www.redalyc.org/journal/731/73157577002/html/>
- Saizar, M. y Korman, G. (2012). Interactions between alternative therapies and mental health services in public hospitals of Argentina. *SAGE Open*, 2(3): pp. 1-13.

Santos, R. (2014). Espiritualidad y sanación: una extra dosis de apoyo. Salud: Blog de Baptist Health South Florida. Disponible en: <https://baptisthealth.net/es/baptist-health-news/spirituality-and-healing-extra-doses-of-support>

Talamonti, A. (2005). La carne convulsiva: etnografía dell'esorcismo. Napoli: Liguori.

Turcotte, A. (2001). The religious order as a cognitive minority in the church and in society. *Social Compass*, 48(2), 169-19.

ABUSO DE AUTORIDAD, UNA FORMA DE VIOLENCIA EN EL ÁMBITO RELIGIOSO

Marisaleth Solórzano

Ser exreligiosa es un arduo proceso de restauración, sobre todo porque pensamos que en el ámbito de la vida religiosa esto no sucede, sin embargo, la realidad en la que me tocó vivir me mostró que ahí existe otro tipo de violencia, de la que muchas veces ni siquiera la identificamos como tal, la cuál es impuesta por una serie de normas en las que la mayoría de las veces carecen de sentido.

Debo reconocer que compartir esto me es un poco difícil y sobre todo hacerlo de una manera pública, por lo tanto evitaré mencionar nombres para respetar la privacidad de la institución religiosa y las personas con las que compartí, ya que mi intención no es perjudicar a nadie pues sé que el Universo se encargará de hacer las reparaciones, creo que todo en esta vida es por algo y cada quien obtiene lo que le corresponde.

Dentro de todo considero que es importante alzar la voz como una forma de poner límites con la finalidad de abrir la posibilidad de restaurar, de reparar, y crear medios a este tipo de violencia, esto lo he compartido con algunas personas que tuvieron alguna experiencia similar para que

también puedan hacerse escuchar y sumar dentro de sus posibilidades.

Mi experiencia dentro de una comunidad me llevó a experimentar abuso de autoridad, la cuál ha sido muy fuerte, pues con justificaciones religiosas quienes representaban la autoridad, entraron en el tema de la conciencia personal y en el fuero interno, teniendo como finalidad manipular y tomar decisiones que afectaron mi vida y la de las demás, estas decisiones influyeron no solo en quienes éramos miembro, también en las personas que iban a entrar en la comunidad, esto determinaba el apostolado en general, ya que en dicha comunidad también hay matrimonios comprometidos en quienes se interviene en su relación de pareja y sus acciones de la vida cotidiana.

Tal vez por esto me animo a escribir, pensaba dejar en el olvido esta experiencia, pero lo hago también por ser voz de los sin voz, mujeres que he conocido que también han sufrido violencia por abuso de autoridad, de imposición, también por matrimonios y laicos que han sufrido las heridas de este maltrato.

Una de las cosas que más me ha afectado es el tema de los votos religiosos que profesamos, ya que yo viví como interna por 23 años, ha sido bastante, un cambio fuerte poder decidir y tomar decisiones, porque me trajo consecuencias severas a nivel psicológico y mental, me trajo grandes bloqueos que he tenido que trabajar en terapia para poder sanar y liberar, sobre todo desbloquear, aun estoy en ese proceso pues fueron bastantes años y no ha sido nada fácil.

Los votos de pobreza, castidad y obediencia, que profesé en la vida religiosa bloquean profundamente la libertad y la voluntad de la persona, coartando su capacidad de decidir, de ejercer y decidir por cuenta propia, pues a través de los

votos renunciamos a lo más genuino de la persona humana, disfrutar de las cosas materiales, en su justa medida, creer que podemos ser abundantes, renunciamos a una pareja, para lo que hemos sido creados y a lo que estamos llamados a conectar a sentir y profundizar y obediencia, renunciamos a cualquier tipo de creatividad personal, porque tiene que pasar bajo el mando de diferentes autoridades para saber si es aprobado o no esa decisión que se toma.

Bajo la profesión de los votos religiosos se establece la imagen de que nos casamos con Jesús con la finalidad de idealizar el estilo de vida y aceptar todo lo que una esposa debería soportar por amor y así poder vivir la castidad sin relacionarnos con nuestro cuerpo y sexualidad, lo que considero utópico así lo viví por años, si bien me ayudó para vivir el celibato, pero no de una forma real y plena, porque la divinización de Dios es algo ajeno a nuestra humanidad y las personas necesitamos relacionarnos desde nuestra humanidad y la capacidad de amar propia de nuestra condición de seres humanos, en mi experiencia la idea de formar algo en pareja está siendo complicado y lento, por la experiencia de ser mujer consagrada y hoy reconozco que esto es un proceso que necesito restaurar, asimilar y vivir poco a poco, ya que han pasado 3 años que salí de la congregación.

Aunque mi experiencia de vida religiosa fue difícil, respeto a los que han tomado esa decisión de consagrarse, se que Dios llama a algunas personas y responden como lo hace mi hermano. Pero la realidad es que muchos no somos para este estilo de vida, pero por falta de discernimiento y la idea ilusoria de la vida religiosa te lleva a creer que es la única forma de amar y agradar a Dios más allá de tu propia vida, viviendo un estilo de vida que genera bloqueos internos, trastornos y traumas psicológicos, que

detonan una inestabilidad emocional fuerte en la persona.

Creo necesario mencionar que lo que me ayudó a sobrevivir fue el poder disfrutar de la misión, ya que el apostolado era mi forma de encauzar la entrega, así que a través de la misión pude disfrutar y aprender algunas cosas como la capacidad de interiorizar, meditar, conectar con mi interior, agradecer e integrar lo que soy, ya que aunque fue difícil me ha generado mucho crecimiento personal pues aprendí valores y buenas costumbres, debo reconocer que también hay personas que tienen más integradas su parte humana, son más hermanas y me ayudaron durante el tiempo que compartí con ellas.

Hablar de mi experiencia de vida religiosa me ha llevado a reconocer que es muy común encontrar (dentro de la vida religiosa femenina) situaciones que involucran los temas antes mencionados, como el de abuso de autoridad, imposición de normas que coartan la libertad generan miedo, culpa y vergüenza, pues pude ver que mucho de esto es ocasionado por los mandatos sin fundamento, que son sostenidos por el discurso religioso de la “esposa obediente de Cristo”, cerrando la posibilidad de la creatividad el disfrute que cualquier mujer podría experimentar.

Por lo que cuando tomé la decisión de salir me enfrente a una nueva realidad hostil, que me generó daño psicológico, dolor y desesperanza pues experimente indiferencia, silencio, menosprecio por haber dejado una comunidad a la que le dí 23 años de mi vida, lo cuál parecía no haber importando lo que entregue e invertí en esa congregación, ya que decidir salir es algo mal visto, no solo por los miembros de la institución sino con las personas con las que se comparte el apostolado, se vive rechazo, soledad, marginación de la comunidad por haber salido y ya no ser consagrado.

Debo reconocer que me ha tocado enfrentarme a una nueva realidad a la que no estaba acostumbrada pues ahora como laica puedo estar del otro lado ya que pude ver que la vida consagrada genera un tipo de privilegio en el ámbito apostólico pues el sacerdote o la monjita cuando acompañan les imponen cargas o culpas según el criterio de lo que debe ser o está bien, incluso en las decisiones que solo deberían tomar en pareja, como lo hacen con los miembros de su comunidad con el título de obediencia, a mi parecer es una forma de coartar la voluntad y libertad de la persona y con ella la integración de la persona en amor y libertad.

Ahora soy testigo de personas que sufren las consecuencias de las decisiones tomadas por un religioso o religiosa, quienes han marcado sus vidas, y de manera triste no lo reconocen, mucho menos hacen algo por resarcir el mal, ni hay un compromiso con sus vidas, es algo que queda en el olvido mientras la persona o la familia queda en el olvido afrontando las consecuencias en soledad.

Ahora creo que la humanidad está teniendo un despertar para sanar, para tomar decisiones en libertad, pues el ámbito religioso cada vez tiene menos poder en la capacidad de decidir y actuar de las personas. Sé deben buscar espacios donde la persona pueda expresar sus inquietudes y dar cauce al sufrimiento, es una forma de restaurar la violencia y abuso que se ha vivido en el ámbito religioso.

Hoy a tres años de mi salida puedo ver que en la comunidad de la que fui parte, se están abriendo la posibilidad de que se expresen, con formas simples como recibir un correo, dialogar sobre temas más fuertes como el abuso sexual y cómo esto marca tan dolorosamente a la persona, ya que cuando este abuso viene de una persona religiosa, es más hiriente y doloroso.

Deseo de todo corazón que este tipo de violencias silenciosas se sigan reparando y que mi voz se una a otra voces como una forma de visibilizar tanto mal que hay en este ámbito.

Otros
AnDares



DAR LA ESPALDA AL SISTEMA

Regina Martínez, ACJ

Cuando se vive por entera no se tiene miedo en esta vida. Hay que estar de pie para no dejarse vencer de la monotonía, amiga del desencanto y la renuncia. Todo comenzó cuando desperté de la conciencia. Mire al mi alrededor, yo estaba desnuda. Me habían quitado todo lo que tenía. Solo vislumbre un árbol que me hacia compañía.

Del otro lado estaba un río con agua cristalina. En ella me veía como verse en un espejo. Qué ha pasado con mi cuerpo, algo se me ha incrustado por mis venas y en redado en mi linda cabellera.

Me pregunto: ¿Por qué estoy dentro de está maleza?. ¿Por qué solo percibo la mitad de mi cuerpo. ;no, estoy entera! Me reviso y me doy cuenta que algo a paso con mis piernas. ¿Qué ha pasado con mis piernas, qué se ha hecho de ella?. ;Por dios! ¿Qué ha pasado con mi cuerpo.

Madre tierra tu eres testigo que me han adormecido. He perdido la noción del tiempo.

Dónde están mis hermanas, mis vecinas, mis amigas. ¿Dónde me han traído para que no encuentren?.

;;Basta ya!! ¿no seré una más de las víctimas? Es posible que me hayan violado, vendido por algún impostor.

;No! Gritaré, haré escuchar mi voz, estallaran mis entrañas de gritos. Alguien se apodera en mi ser interior dándome fuerza y valor para gritar, ;;nunca más!!

En mi desesperación recuerdo estar tan segura de escu-

char voces. Que se balanceaban sobre mí; toma, come, ponte esto, piensa como toda la gente, no te compliques.

Todos esos ruidos me han atormentado, sentí desvanecer en medio de la multitud.

Entre en profundo transe; Vi nacer la vida entre mis manos, volví a ver, como la gente cayó en la trampa del engaño. Crecí aceptando todo, obedeciendo en todo.

Nací con la piel limpia y suave. Siendo justa y alegre, con sueños inalcanzables. No comprendo, me siento confundida. No soy yo la joven que ríe, sueña y vuela.

Siento mi cuerpo enredada, no puedo dar paso, no puedo caminar, mis vertebras se paralizan.

Aquí estoy, luchando con el sistema patriarcal, racista, antropocéntrico, me han digitalizado.

No soy yo, me han vuelto objeto de sus intereses para comercializarme, para ser mujer de hazme reír, objeto de su discriminación, exclusión, la colonización quiere robar mi alma, mis pensamientos, sentimientos, el sistema se implanta en mi cuerpo.

Me doy cuenta que hay un dominio patriarcal, capitalista durante siglos. Carga de historia ancestral, que mis abuelas, madres, hermanas, tías y mujeres de nombre María, han sido condenadas a morir incrustadas por este sistema.

Resistió en no dar la cara al sistema. Quiero nacer, quiero ser la mujer de los sueños. De la creatividad, de la libertad, del amor. Sueño recuperar mi cuerpo, mi mente y mi alma.

Reconstruiré cada célula de mi piel, volveré a sentir la suavidad de la brisa, de un amanecer en primavera, sentiré correr la sangre por mis venas. Re-imaginaré mi existencia a la luz del día.

Visibilizo el horizonte, aun estoy por llegar. Aunque tenga que cruzar, valles, ríos y montañas.

Bajo la oscuridad y la lluvia, aunque tenga que luchar con fieras. No tengo miedo en dar la espalda al opresor. Yo quiero vivir, quiero amar, quiero sanar. Quiero despertar y ser dueña de mis deseos y libertad. ¡No volveré!!. Conquistaré la justicia y la libertad. Mi cuerpo es mi arma para defenderme. No quiero que me poseas, mucho menos que me mires.

Tengo mucho por andar no voy sola, tengo a las hermanas tierra, agua, luz que me ilumina. Tengo mucho que aprender, tengo mucho que desaprender. Aprenderé a luchar y a defenderme para nunca más caer en el olvido.

Por cada hueso que me han roto, simboliza siglos de sufrimiento de muchas mujeres de mi pueblo. La memoria no olvida, se recupera del dolor siendo semilla de vida. Ilusión tengo, pienso dejar bien claro, que yo soy una, con cuerpo y cicatrices de muchas.

Me permito, levantar la cara y gritar, que estoy viva. Viva, para seguir luchando. Viva, para seguir de pie. Viva, para nunca más dejarme dormir por el patriarcado, racista, colonialista, capitalista, todos y cada uno de ellos son monstruo disfrazados del bien.

Volveré a mi hogar con la noticia de que estoy viva. He vencido, he derrotado el sistema dando la espalda. Aunque él, haya deseado que fuera parte de él, resistió, luchó.

Respiró, respiró con audacia, todo volverá a ser diferente. Seré mujer de resistencia, de reconstrucción. Convocaré a la comunidad para luchar juntas. Por nosotras las mujeres, nunca más!! Marionetas no somos y nunca lo seremos.



EROECOSOFÍA

Rosa Isabel Jaimes Garrido

Fortaleza y sabiduría de la casa común...

Habita en nosotras

Pasión y deseo de las mujeres...

Habita en nosotras

Espiritualidad sexual...

Habita en nosotras

Fuerza divina que se manifiesta y fluye en femenino y masculino...

Habita en nosotras

Mística del deseo y del placer...

Habita en nosotras

Revelación de poder y conocimiento...

Habita en nosotras

Fuerza que resiste las injusticias...

Habita en nosotras

Energía interdependiente y relacional...

Habita en nosotras

Transfiguración que reclama inclusión...

Habita en nosotras

Centro del poder sexual...

Habita en nosotras

Armonía entre sensualidad y placer...

Habita en nosotras

Portal espiritual donde se gesta la otredad...

Habita en nosotras

Poderosamente vulnerable...
Habita en nosotras
Vida divina en la humanidad plena...
Habita en nosotras
Tributo a la divinidad...
Habita en nosotras
Trinidad feminista...
Habita en nosotras

Que los cuerpos, cuerpos-territorio, cuerpo Gaia, cuerpos explotados, diaspóricos, despreciados, excluidos, descartados por su sexo, género, etnia, clase sean habitados por esta consustancialidad eroecosofiánica. Amén.

Arte: Ros Beu' Garrido

Bibliografía

Rojas, Marilú. (2023). Módulo 4. Ecofeminismo. En *Diplomado Teologías Feministas de América Latina y el Caribe*. México. Cátedra Teología Feminista Universidad Iberoamericana.